

# Comín

En la madrugada del miércoles, fallecía Alfonso C. Comín. Hacía tanto tiempo que pesaba sobre su vida la fatalidad de un pronóstico y eran tantas las expectativas que seguían pendientes de su inmensa personalidad, que uno había querido pensar que ese momento de su muerte no llegaría nunca.

Delante del féretro, rodeado de las personas y de las cosas de su predilección, mientras iba cayendo la tarde del miércoles, mi «memoria» saltó por encima de la raya «semanal», trasladándose a determinados episodios en los que Alfonso C. Comín había devenido singularmente significativo para mí.

1956: Estudiante universitario todavía, Comín comienza a contagiar su pasión por el modo cómo había vivido su experiencia cristiana E. Mounier. De Mounier había aprendido Comín no un sistema filosófico, sino un modo de ver los problemas humanos y de incitar a los hombres «no a defenderse, sino a pensar y a crear».

1964: En pleno Concilio, Comín me invita a compartir un cierto servicio literario a favor de una mentalización que predisponga a los cristianos de este país a la andadura posconciliar. No siempre supe comprender entonces la prisa inquieta e inquietante de Comín ante determinados pasos que se me antojaban absolutamente irrealizables. Y no lo eran, Alfonso, lo reconozco.

1968: En el Tribunal de Orden Público, en Madrid, los que asistíamos a aquel juicio contra Comín por un artículo sobre la represión después del referéndum, sentimos un impre-

sionante escalofrío en el momento en que Alfonso, de pie, respondiendo al presidente, decía: «Una frase de Van der Meersch, leída hace tiempo, marcó mi concepción de la tarea intelectual, una frase que dice: «La verdad, Pilatos, es ésta: ponerse del lado de los humildes y de los que sufren».

1970-1980: Su militancia cristiana y marxista ha situado a Comín en una actitud que constituye una interpelación histórica a las Iglesias y Partidos Comunistas, yendo mucho más allá del simple diálogo marxismo-cristianismo. En esa perspectiva, Comín experimentó profundamente esa «paradoja»: «quienes están fuera de la Iglesia y se entregan al hermano son precisamente la garantía de salvación de los que caminamos dentro. Porque el amor no se ciñe a los muros de ninguna institución».

Alfonso C. Comín, con su modo de ser y de actuar, ha desmentido la contradicción que había denunciado en cierta ocasión A. Camús entre el artista y el ideólogo. En definitiva, Comín, desde su fe, supo conciliar la acción política y la creación artística como «dos caras de una misma rebelión contra los desórdenes del mundo».

El cristiano fascinante y el cristiano incómodo que era Alfonso C. Comín no está ya entre nosotros. Sin embargo, vive, y su aliento profético no puede apagarse. Yo imaginaba, o soñaba, ante su féretro, a la Iglesia catalana, diciéndole: Alfonso, gracias.